Jose Serralvo

La sombra de los perros románticos

Navona

Índice

Prólogo de Juan Bonilla 9

La parte de la infancia 21
La parte de los chilenos perdidos en México 63
Revoluciones efímeras 107
La parte de la poesía salvaje 151
Nuevos comienzos en el viejo mundo 211
La parte en la que caza cabelleras 271
La parte de la fama 325

Epílogo de Valerie Miles 357
Agradecimientos 363
Bibliografía 365

Prólogo

Inverosímilmente, aún no le han dado el Premio Cervantes de Literatura a Roberto Bolaño. Las bases de dicho premio estipulan que se entregará a un autor vivo cuya trayectoria lo haga destacar por su excelencia, reconocimiento e influencia, de donde debemos entender que los sucesivos jurados de tan prestigioso galardón no tienen muy claro el significado de «autor vivo» y entienden que, al haber muerto la persona, con ella también murió el autor. A todos los necrólogos de escritores se les hincha la prosa en el remate de sus notas, para ofrecer consuelo, y aseguran que, aunque los difuntos hayan partido y ya no vayan a conceder más entrevistas o producir nuevas obras maestras, seguirán latiendo en sus libros, ese milagro del alma (por combatir el estúpido «tragedia del alma» que les atizó a los libros, a la palabra impresa, el agónico Unamuno). ¿En qué quedamos? ¿Permiten las obras de un autor mantenerlo vivo tras su muerte? Si la respuesta es que sí, ¿por qué impide que se reconozca una trayectoria de influencia creciente la circunstancia de que esa trayectoria haya sido interrumpida por la muerte? ¿No impera un criterio médico por encima del literario en esos fallos? Si imperara un criterio económico, ¿no habría que darle el premio a los autores que más dinero movieran y, por tanto, entre los escritores, profesores y críticos que suelen integrar los jurados sería de desear que se intercalara también algún inspector de Hacien-

da? Si por autor vivo entendemos lo que de veras significa, me parece que caben pocas dudas de que Roberto Bolaño es, desde hace ya varios lustros, uno de los autores más vivos e influyentes de la literatura en español; sus libros no dejan de reimprimirse en muchos idiomas, se elaboran minuciosas tesis doctorales sobre él —por ejemplo, la de José Manuel García Gil sobre los delitos y las penas en su obra narrativa, de dimensiones monstruosas—, catálogos de exposiciones, etcétera. Si eso no es un «autor vivo», yo no sé. Aprovecho, pues, el primer párrafo de esta intervención para reclamar no que cambien las bases del premio mayor de nuestras letras, sino que sencillamente los componentes del jurado den un sentido más exacto a la expresión «autor vivo» y no les tiemble la decisión a la hora de concedérselo a Bolaño o a Javier Marías.[1] Si se mira la lista de los premiados en los últimos años, se ve cómo el criterio médico ha permitido que luzcan el galardón autores que no solo no tienen la menor influencia en nuestra producción, sino que su mayor virtud literaria es la salud. Ya sé, ya sé que según lo que propongo, y dado que todos los años amanece alguna nueva edición de *Don Quijote* o se reúnen poemas de Lope de Vega, también ellos están vivos, porque uno de los milagros de la literatura expresado en una mesa de novedades editoriales es igualar a un treintagenario con alguien que murió hace doscientos años, y por lo tanto podrían pelear por el galardón Calderón y Garcilaso, Lázaro de Tormes y Galdós. Dado que no se sabría a quién destinar la suma que ofrece el premio, porque no creo que se

[1] Claro que Marías rechazó categóricamente todo tipo de galardones estatales y aseguró que, en caso de que se lo concediesen, tampoco aceptaría el Cervantes.

conozca a sus herederos, podría sencillamente especificarse que se lo disputarán aquellos autores vivos —es decir, cuyas obras siguen reimprimiéndose y leyéndose, con independencia de que no haya un teléfono donde alcanzarlos a no ser que se utilizase la güija— que aún generen derechos de autor. Lo siento por Chaves Nogales, pero algún tope habrá que poner para no acabar dándole el Premio Cervantes a Per Abbat.

A la mucha bibliografía que ha deparado ya el aún no premiado Bolaño se agrega ahora esta «vida» escrita por Jose Serralvo. Las biografías de escritores se leen o porque nos interesan esos escritores y estamos convencidos de que en el relato de sus vidas podremos completar el mapa que nos hemos hecho de quienes compusieron libros que nos acompañaron, o porque —sin haberlos leído o habiéndolos leído poco o no habiéndolos disfrutado— intuimos que sus vidas fueron lo suficientemente radiantes como para deparar un relato —a menudo más fascinante que sus obras—. Si consulto la memoria en pos de biografías de autores que me gustaron mucho, apenas me extraña que algunas de las más destacadas narrasen vidas que apenas me interesan: D'Annunzio, Gorki, Malaparte..., mientras que las que leí porque sus protagonistas eran autores predilectos (Nabokov, Borges, Dinesen) siempre me parecían ineficientes, por bien hechas que estuviesen y por muchas llaves que prestasen para acceder a pasadizos por los que no había transitado. Por suerte, no extraigo ninguna ley de esa experiencia, supongo que se debe más a lo que sucede antes de leer un libro —es decir, la expectativa— que a los méritos o desventuras de los biógrafos. También al propio cúmulo de conocimientos que tenga uno antes de emprender una lectura —no saber nada de Gorki y saber demasiado de